



VIII

Xenofilia chilota



Treinta de noviembre de 1834.

Desde la madrugada, los habitantes de Castro, la primera capital de la Isla Grande de Chiloé, fundada en 1567 por órdenes de Pedro de Valdivia, acompañan en silencio las actividades de los ingleses, que levantan las tiendas para pasar la noche en la bahía. Y eso que no se trata del bergantín, sino de una lancha ballenera y una yola, enviadas por el capitán Fitzroy a reconocer la costa oriental de la isla, mientras él conduce al *Beagle* por el archipiélago de los Chonos.

Darwin es parte del grupo, encabezado por el teniente Sullivan. La diminuta ciudad, una de las más antiguas de Chile, le parece triste y desierta. No más de cien familias viven ahí. El paso de los corsarios, por nombrar una intervención humana, y los inevitables terremotos y maremotos, por el lado de las catástrofes naturales, la tienen convertida en un yermo en el que apenas se distingue la cuadrícula propia del urbanismo colonial bajo un pastizal tupido que aprovechan sobre todo las ovejas.

El paisaje que la rodea, sin embargo, es de un verde esplendoroso, con colinas redondas parchadas por pequeños sembradíos.

El propio gobernador del lugar se presenta a saludarlos. No luce diferente del grupo de gente que gobierna y a Darwin le recuerda el aspecto de un campesino inglés: colorado, robusto, amable y con un acento endemoniado.

En el centro del poblado se alza una iglesia de madera, de aspecto pintoresco. Darwin se pregunta cómo puede sobrevivir a la humedad. «Fue construida por la poderosa orden de los jesuitas antes de

su expulsión del país», observa en su diario. La campana, oxidada por la lluvia, da la hora para todo el pueblo, según el biorritmo de un anciano lugareño que no tiene cómo comprobar el paso del tiempo. Nadie usa reloj, ni de bolsillo ni de péndulo, en ese retirado lugar del mundo.



Iglesia de Castro, en 1829. Dibujo del capitán Phillip Parker King.

Darwin conoció Chiloé a ocho años de independizarse y agregarse al territorio nacional. Hasta 1826, el archipiélago y sus alrededores seguían perteneciendo al rey de España, dominio que no incomodaba a sus pobres y escasos habitantes, más preocupados de subsistir que de conflictos político-territoriales.

Castro es tan mísero que los ingleses no pueden obtener ni siquiera un poco de azúcar. En cambio, les llega de regalo un barril de chicha de manzana y un solícito ofrecimiento para pasar la noche en una de las humildes chozas. De acuerdo al historiador local José Dolorindo

Mansilla, nacido en Calbuco, la invitación es una prueba más de la «xenofilia» de los chilotes, siempre acogedores con los forasteros.

Por la noche, la llovizna se afirma, se pone seria, pero el campamento inglés sigue rodeado de curiosos. Junto a la tienda de Darwin se instala una familia de indígenas procedente de la isla de Cailín, que él llama «Caylén». El naturalista duerme a saltos, preocupado por esa gente que se está mojando inexorablemente, sin saber por qué siguen ahí en lugar de buscar refugio. A la mañana siguiente se dirige al jefe de familia, que está empapado hasta el tuétano, y le pregunta, en su rudimentario español, cómo han pasado la noche.

La sonrisa del hombre, brillante como el sol que se filtra entre los bosques mojados, lo deja más sorprendido que la respuesta: «Muy bien, señor».

El *Beagle* se encuentra desde hace una semana en Chiloé. Es su segunda visita después de una breve inspección entre junio y julio de 1834, justo después de abandonar para siempre el Estrecho de Magallanes. Entonces, la intención original de Fitzroy había sido navegar directamente hacia el puerto de Coquimbo, pero el Pacífico dijo otra cosa. Los ventarrones procedentes del norte los empujaron sin tregua durante varias noches, como para cobrarles la imprudente alegría que les produjo dejar, por fin, las tormentas del mar austral. Después de desechar la idea de acercarse a Concepción, lograron echar el ancla en San Carlos de Ancud.

Aunque duró solo quince días, el primero fue un viaje acontecido. El 27 de junio murió el contador George Rowlett, sin lograr recuperarse de un cuadro de debilidad general (posiblemente, un resfrío fatal) que se le acentuó a causa del mal tiempo. Con treinta y siete años, era el tripulante más viejo del *Beagle*. El más joven, de catorce años, era el guardiamarina Philip Gidley King (hijo del capitán King), quien compartía alojamiento con Darwin y con el oficial de cubierta John Lort Stokes.



Plaza de San Carlos de Ancud, vista por Claudio Gay.

Todos lamentaron la muerte de Rowlett. Darwin, en forma especial. El contador había sido un buen compañero de aventuras y un veterano por esos parajes, ya que venía del primer viaje de Fitzroy a Tierra del Fuego. Se realizó un breve responso en la cubierta superior del *Beagle*, tras el cual el cuerpo de Rowlett, bien envuelto, fue arrojado al mar.

«Es un sonido desagradable y solemne el que produce entre las olas la caída del cuerpo de un viejo compañero», anotó Darwin.

El paseo por los alrededores de Ancud y la gentileza de sus habitantes le ayudaron a pasar la pena y a entibiarse después de la rudeza de Tierra del Fuego y el Cabo de Hornos. Si no hubiera sido porque no paraba de llover...

«Nos quedamos unos días para que la tripulación descansara. Los cerdos y las papas son tan abundantes como en Irlanda. Con la ex-

cepción de esta enorme ventaja, el clima de Chiloé lo convierte en un hoyo miserable. Recuerdo que, una vez en casa, el amigo Proctor habló de un lugar donde, según un tío suyo, nunca dejaba de llover. Estoy seguro de que debió referirse a Chiloé», contó por carta a Catherine.

Fitzroy, quien ya tenía en mente regresar en noviembre para realizar un levantamiento detallado, dejó contratados a los señores Low y Douglas, ingleses residentes en Ancud, para que adelantaran tareas de exploración en el archipiélago de los Chonos y los bosques de alerce que se elevaban sobre la cordillera en los sectores de Lenca y Melipulli. Tras esto, enfiló hacia Valparaíso.

Pero este segundo viaje a Chiloé casi no se produce.

En Valparaíso, mientras Darwin se recuperaba en cama de la enfermedad al estómago producida por el consumo de chicha y empanadas en su última expedición por el Valle Central, Fitzroy encaraba un grave cuadro de depresión, unido a la pataleta mayúscula con el Almirantazgo británico que lo tuvo al borde de la renuncia y que, como revés impensado de esta historia, pudo significar la interrupción del viaje para Darwin.

Nunca hubiera ido a las islas Galápagos, donde el puzzle de la evolución terminaría de cuajar en su mente.

Fue una tormenta casi tan pesada como la que habían sufrido en el Cabo de Hornos. El objeto de la discordia fue la goleta *Adventure*, embarcación que Fitzroy compró durante su primera visita a las Falkland, pagando 1.300 libras esterlinas de su bolsillo, por considerar que era necesaria para la expedición. La bautizó así en homenaje al navío del primer viaje de exploración que Inglaterra envió al sur de América, y destinó a parte de la tripulación del *Beagle*, con el teniente Wickham como capitán, para ocuparla, con el consiguiente alivio de espacio para los que se quedaron en el bergantín. Entre ellos, Darwin y su cada vez más numerosa colección de especímenes.

Pero sus finanzas empezaron a apurarlo. En octubre de 1834 recibió la respuesta del Almirantazgo, que en resumen decía que nadie le había autorizado a hacer la compra, por lo tanto no le iban a reembolsar el gasto en la nave.

«Desde todo punto de vista es un problema grave para nuestro pequeño mundo», comentó Darwin a Catherine.

Significaba que, otra vez, los setenta y cuatro hombres debían acomodarse en el *Beagle*, aunque ya no hubiera sitio para todos. Como pérdida inmediata debió desembarcar el pintor Conrad Martens, lo que fue muy sentido por la tripulación. Y el teniente Wickham, a quien Darwin apreciaba mucho pese a que siempre lo criticaba por la cantidad de «endemoniadas porquerías» que subía a bordo, dejaba de ser amo y señor de su navío para volver a una situación de subordinado.

La *Adventure* fue vendida en Valparaíso por un poco más de lo que había costado. Fitzroy mantuvo el suspenso durante varios días: estaba obsesionado con la idea de realizar un tercer periplo hacia el extremo austral, aunque fuera sin la *Adventure* y tomándose más años de los que originalmente había considerado. Los del *Beagle*, ya con ganas de fijar una fecha de retorno a casa, seguían cabizbajos sus tribulaciones. Ninguno quería volver a Tierra del Fuego. Darwin, que monitoreaba todo desde su cama de enfermo, intuía la posibilidad de un motín.

Además de defraudado y errático, Fitzroy estaba colapsado por el estrés y el cansancio. Decidió dejar a Wickham al mando del *Beagle*, con la instrucción de volver al sur; pero el teniente hizo notar que no veía el sentido de ese retorno. ¿Qué más se podía extraer del lugar, además de peligros para la navegación y tempestades horribles, si ante ellos tenían el Pacífico, la costa del Perú y la posibilidad cierta de alcanzar el Atlántico en un par de años? Para alivio general, Fitzroy entró en razón, depuso su renuncia y resolvió llevar al *Beagle*

hasta el cabo Tres Montes (en la península de Taitao, actual región de Aysén) como punto más sureño.

El segundo viaje a Chiloé, entonces, se inicia con tranquilidad y convencimiento después de resolver la mayor crisis interna que enfrentara la tripulación del *Beagle*. El mar se porta a la altura, regalándoles una placentera travesía. La bahía de San Carlos de Ancud los recibe el 21 de noviembre de 1834 bañada por la luz del sol. En la noche, sin embargo, la lluvia se desata con furia. «Como para convencernos de que estábamos en Chiloé», anotó Darwin.

Fitzroy, en pleno uso de sus recuperadas facultades, pone a todo el mundo a trabajar. En un momento, hay tres grupos explorando en forma simultánea: el *Beagle*, como se ha dicho, en el levantamiento de las costas expuestas al Pacífico y el sur de la Isla Grande; una ballenera y una yola por las costas orientales y entre las islas del golfo de Ancud, objetivo al que se une Darwin, y otra lancha recorriendo las islas y los canales del archipiélago de los Chonos.

A mediados de diciembre se unirán las tres partidas.

El naturalista aprovecha cada oportunidad para cabalgar, siguiendo la línea de la costa, entre los bosques tupidos y oscuros. Avanza por el camino de tablones construido por los habitantes hasta el cercano puerto de Chacao, donde los tripulantes de su grupo ya han levantado las tiendas.

«Chacao era en otro tiempo el principal puerto de la isla, pero habiéndose perdido un gran número de barcos a causa de las peligrosas corrientes y de los numerosos escollos que se encuentran en los pasos, el Gobierno español hizo incendiar la iglesia y así arbitrariamente obligó al mayor número de habitantes a trasladarse a San Carlos», consigna.

La bandera británica izada en el mástil de la yola crea una pequeña conmoción entre los lugareños. En la noche comparece el hijo del gobernador, que va descalzo como todos en esos parajes, para

preguntar, muy calmadamente y con cierta esperanza, si se trata de una reconquista española. Luego se acerca el gobernador en persona: un militar retirado que había servido a España, pobre como todos sus gobernados e igual de hospitalario que ellos, ya que regala dos carneros a cambio de un par de pañuelos, unas chucherías de cobre y algo de tabaco.

El tabaco es una urgencia mayor. Durante toda la ruta por tierra, los habitantes de Chiloé se acercan a los ingleses presentándose como «pobres indios», en nada relacionados con los españoles. Un día, les cambian una barra de tabaco muy barata por dos supuestos pollos, uno de los cuales resulta ser un pato. Dos pañuelos de algodón son trocados por tres carneros y un gran atado de bonitas cebollas chilotas. En toda la operación jamás se habla de moneda o de dinero.

Darwin se embarca en la ballenera para recorrer la costa. El paisaje no cambia mucho: llanura, valles, bosques densos y sembradíos. Una madrugada, cuando mira hacia la línea de los Andes, en el continente, descubre que los volcanes Osorno, Calbuco y Corcovado están activos y expulsan solemnemente pequeños chorros de vapor.

En su ruta hacia el puerto de Castro es habitual ver grupos de indígenas, posiblemente huilliches. Darwin recuerda los rasgos toscos y marcados de York Minster, su antiguo compañero de viaje yagán, mientras intenta comunicarse con una familia a la que encuentran en la playa de Quinchao.

Los jóvenes, de piel oscura, le recuerdan también a los nativos de las pampas. Se queda pensando en lo mucho que se parecen físicamente las tribus americanas que ha visto hasta ahora, aunque sus dialectos y costumbres sean diferentes.

Las autoridades locales le informan que existen 42 mil habitantes en Chiloé según el censo de 1832, once mil de los cuales conservan

el nombre autóctono de la familia. Lo cual, en la práctica, después de siglos de entrecruzamiento de razas, ha configurado el fenotipo de la población chilota que se conoce hasta hoy: baja, robusta, de tez oscura y mejillas encendidas. Cual campesinos ingleses, como ya había observado Darwin.

Por ejemplo, el señor Gómez, gobernador de Lemuy, muy orgulloso de descender de español por parte de padre y madre, luce exactamente como uno de los nativos a los que ha visto en el camino. Por más énfasis que le pone a su herencia europea, la genética ya ha dicho lo suyo.

Para la época, el exterminio cultural no era un tema. A Darwin le complace ver que la población indígena, pese a estar afectada por la misma pobreza que el resto de los habitantes, avanza sin duda hacia la civilización. Hablan español, se declaran cristianos, se visten igual que todos (con prendas de lana gruesa, que cada familia teje y tiñe, de negro o azul), cultivan papas y capturan mariscos en las mareas bajas. Conservan, en todo caso, algunas supersticiones, como creer que se pueden comunicar con el diablo en las cuevas.

Darwin cree que nunca ha visto un pueblo más humilde, industrial y gentil que el chilote.

«Las selvas son tan impenetrables que la tierra no se cultiva en parte alguna, salvo junto a la costa y en los islotes vecinos. Hasta en los lugares en que existen senderos, apenas si pueden atravesarse éstos, tan pantanoso es el suelo; por eso los habitantes, como los de Tierra del Fuego, circulan principalmente por la orilla del mar o en sus lanchas. Los víveres abundan; pero, a pesar de ello, los habitantes son muy míseros; no hay trabajo y, por consiguiente, los pobres no pueden procurarse el dinero necesario para adquirir el más pequeño objeto inútil; además, falta la moneda hasta tal punto que he visto a un hombre cargado con un saco de carbón que iba a entregarlo en pago de un objeto menudo, y a otro cambiar un tablón por una bo-

tella de vino. Cada uno está obligado, pues, a hacerse mercader para revender cuanto ha recibido en numerosos cambios», escribe.

En Caucahue, al norte de la Isla Grande, oye a los chilotes quejarse de la falta de tierras. El Gobierno exige que cualquier pedazo disputable debe antes ser medido por un geómetra, al cual obviamente hay que pagarle, para que fije un valor. Posteriormente el terreno sale a remate. Quien se lo lleva es el primero que puede ofrecer «algo» en la puja, ni siquiera el precio estipulado. Pese a todo el trámite, el naturalista considera que el Gobierno realiza un «acto de justicia» al dar la posibilidad de convertirse en propietarios a gentes que antes nunca la tuvieron.

Los chilotes se las arreglan como pueden. El señor Douglas, quien, además de explorador contratado por Fitzroy realiza investigaciones para Darwin (a su llegada a la isla, le entregó varios escarabajos recolectados, así como el informe de cada pequeño temblor o movimiento de tierra),²³ le cuenta que nadie tiene una renta regular. Más bien, las familias producen lo justo para su consumo propio. El excedente en papas y cerdos es enviado a San Carlos de Ancud para transarlo por otras mercancías, generalmente ropa. Darwin calcula que, trabajando toda una vida, el más rico de los chilotes ganaría al año unas mil libras esterlinas, que enterraría cuidadosamente en un rincón secreto, como hacen todos los de por ahí.

Después de Castro siguen hacia el sur, internándose por los canales. Nalcas de siete metros de diámetro, un tamaño inimaginable para los modestos especímenes actuales, balancean sus tallos sobre un acantilado.

Desde los rincones más sombríos y protegidos, el chucao lanza el grito estridente que no se condice con su minúsculo tamaño. A veces

²³ El viajero inglés Charles Douglas, residente de Chiloé, reportó en detalle a Darwin el terremoto de 1835, en una carta fechada el 5 de enero de 1836.

se oye cerca, pero, por más que se le busque, el pajarillo parece invisible; se muestra cuando él quiere, siempre y cuando uno permanezca quieto, y ahí adquiere tanta confianza que se acerca a los saltitos hasta los pies del visitante. En Chiloé respetan los mensajes de su poderosa voz: felicidad o malos augurios. El hued-hued tiene un comportamiento parecido. Cerca de las costas, el churrete muestra sus cejas blancas. Los picaflores pasan disparados y, en lo alto de los árboles, se ve al fío-fío que observó por primera vez en Tierra del Fuego.



Chucao. Fotografía de Pablo Palet.

En la isla de San Pedro, el grupo de Darwin se reúne con el *Beagle*.

Aprovechando el descenso de dos oficiales para hacer mediciones con el teodolito,²⁴ el naturalista se baja a estirar las piernas. Sentado

²⁴ Instrumento de medición mecánico para ángulos verticales y horizontales, creado para fines topográficos. Debe apoyarse en un trípode.



Zorro chilote, captado en el Parque Nacional Nahuelbuta.
Fotografía de Roberto Cañete.



Hued-hued del sur, Parque Nacional Villarrica. Fotografía de
Roberto Cañete.

en una piedra, no lejos de ellos, un zorro contempla concentrado cómo se afanan los ingleses. Darwin aprovecha que el animal le da la espalda para aproximarse y usar su martillo de geólogo para romperle el cráneo y cazarlo. Otro espécimen para la colección a bordo (hoy el ejemplar está en el Museo de la Sociedad Zoológica de Londres).

Se quedan tres días en la isla. A Darwin se le ocurre intentar el ascenso a una colina. Fitzroy lo acompaña. El bosque, de canelos, coigües y arbustos achaparrados, es tan espeso que no los deja avanzar; por varios minutos caminan sobre troncos en estado de putrefacción debido a la humedad. En otros momentos deben gatear entre medio de las ramas. Deciden retornar, incapaces de hacer cumbre en esas condiciones.

El 10 de diciembre, Darwin se embarca en el *Beagle* para proseguir la expedición hacia el archipiélago de los Chonos. El cielo está oscuro de nubes, las siluetas de la costa parecen sombras, el viento ruge y todo sería terrible si no fuera por los arco iris. Cerca de las islas Vallenar, el *Beagle* permanece varios días capeando el temporal.

Éstas son las jornadas que Darwin odia. Además del tedioso mareo, no tiene en qué trabajar. Lo único que puede hacer es esperar. En todo caso, lo que alcanza a ver de las islas lo convence de que desembarcar sería tiempo perdido: las costas son ásperas y los bosques se ven igual de difíciles que los que ha recorrido anteriormente, y de cuya hostilidad dan prueba sus manos y cara llenas de cortes y moretones.

El *Beagle* echa el ancla en una pequeña bahía adornada por una colina de perfecta forma cónica, que a Darwin le recuerda el Pan de Azúcar de Río de Janeiro. Se decide a conquistarla y lo logra. «Todos deben conocer el sentimiento de triunfo u orgullo que produce el dominar el paisaje desde una cumbre. A este caso se suma la vanidad de lo único, ya que quizás eres el primer hombre en ascender este pináculo», anota en su diario.

Pero alguien más estuvo ahí. En la costa, Darwin encuentra la huella de un cuerpo. Un hombre, quizás un marinero perdido, durmió en esa orilla salvaje sobre una cama hecha de pasto.

La tripulación celebra como puede la tercera Navidad lejos de Inglaterra. El naturalista se pasa el día recogiendo muestras del terreno volcánico del archipiélago. El 28 de diciembre, en otro puerto al que acuden para refugiarse del pésimo tiempo, una lancha se acerca al bergantín. Son tres marineros norteamericanos que han desertado de un buque ballenero y que han visto acercarse al *Beagle* como el mejor regalo navideño al que se puede aspirar en un aprieto náutico. Erraban desde hacía seis meses, sin saber dónde estaban, sin haber oído hablar de Chiloé. Darwin cree, con razón, que los han salvado de una muerte segura. Del grupo original de seis desertores, uno se había matado al caer de un barranco. Los otros dos deambulaban por los islotes en busca de alimento. A uno de ellos pertenecía la huella observada por Darwin días atrás.

En el sector del cabo Tres Montes, las costas son barrancos que descienden hasta el mar cargados de árboles. El terreno está compuesto de antiquísimo granito.

El primer día de 1835 los recibe con el diluvio universal en versión chilota. La tripulación se anima pensando en el Pacífico. Un gran número de focas echadas y buitres que las acechan los acompañan en la pesadumbre. Cuando el tiempo se calma, al cabo de cuatro días, se deja ver una pareja de cisnes de cuello negro, junto a golondrinas de mar, gaviotas y cuervos marinos.

No hay señales de vida humana más que la que ellos mismos representan. Ni rastros de los chonos, el pueblo de cazadores-recolectores que ocupaban el territorio entre el archipiélago de Chiloé y la península de Taitao antes de la llegada de los españoles. No hay rastros de sus canoas de tablas llamadas «dalcas», en la que se transportaban para cazar lobos marinos y recolectar mariscos. A principios del siglo

diecinueve ya estaban evangelizados y mezclados con la población chilota.

«Habiendo visto la gran abundancia de focas, la mayor riqueza de los indígenas, debo suponer que este pueblo está extinto. Un paso más hacia el exterminio final de toda la raza india de América del Sur», reflexiona Darwin en su diario.

Para mediados de enero, Fitzroy ha tenido suficiente con el clima del archipiélago. Es hora de regresar a Chiloé. El *Beagle* echa el ancla en Ancud, donde los espera el teniente Sullivan, con buenos resultados de su expedición.

En la noche, el espectáculo del volcán Osorno los premia a todos por su esfuerzo. A las tres de la madrugada del día 19, la pirotecnia es completa: llamas rojas y trozos de piedra oscura arrojados contra un cielo completamente iluminado. Más tarde, Darwin se enterará de que, ese mismo día, entró en erupción el lejano Aconcagua, a casi ochocientos kilómetros al norte.

La aventura de Darwin en Chiloé culmina con una expedición a caballo desde San Carlos de Ancud a Cucao. En cifras de hoy, unos ciento treinta kilómetros de carretera asfaltada (parte de la Ruta 5 Sur), que los turistas recorren todos los veranos y que no demora más de cuatro horas en bus. A Darwin le toma seis días completar el recorrido, junto con Syms Covington, el guardiamarina adolescente Philip Gidley King y un guía local. Disfruta enormemente del viaje, a pesar de la atención que hay que ponerle al camino apenas armado con grandes troncos enlazados.

Curiosamente, no llueve; en cambio, las flores perfuman el aire y el cielo despejado promete una noche llena de estrellas visibles.

Es imposible pasar desapercibido en los caminos de Chiloé. A la salida de Ancud se les unen una mujer muy guapa y dos muchachos que hacían el mismo recorrido y que preferían ir acompañados. Se presentan como integrantes de una de las familias más respetables de Castro, lo cual no alcanza para proveerles de zapatos o medias.

Darwin observa, admirado, que ella monta a caballo como si fuera un hombre.

El regreso a Castro trae novedades. Para empezar, ha muerto el gobernador que en noviembre les había cambiado dos carneros por un poco de tabaco, y en su lugar oficia un chileno llamado Pedro, igual de hospitalario y desinteresado que su predecesor. Tanto así que les facilita un caballo de repuesto y se ofrece a acompañarlos en la excursión. Más notables se agregan a la comitiva en el poblado de Vilopulli, cuando el comandante del lugar se ofrece como guía.

«Los dos mayores aristócratas del país nos acompañan, pues, y eso es fácil de verlo por la conducta de los indios hacia ellos», observa Darwin.

Desde Chonchi se desplazan al interior. Atraviesan el bosque por huellas sinuosas que se abren sorpresivamente en claros donde abundan el maíz y las papas. Darwin piensa, fascinado, en su añorada Inglaterra.

El camino a Cucao es pésimo, por lo que abordan una piragua conducida por seis indígenas, a quienes el comandante da órdenes a gritos. Los ingleses van algo cohibidos por los modales de la autoridad local y por el aspecto de los barqueros. Darwin jura que nunca ha visto seres humanos más feos, si bien reman con suma diligencia. En la primitiva embarcación viaja también una vaca, a la que han tumbado usando dos gruesas ramas como trampolín, de modo que el pobre animal hace todo el viaje con las patas arriba, mudo de terror.

Llegan a Cucao antes de que anochezca. Es la última postal chilota que Darwin recogerá de su periplo por el archipiélago: un poblado minúsculo enmarcado por el bosque y dominado por la figura de una capilla de madera. Las treinta o cuarenta familias chilotas que viven ahí lo convierten en el único punto habitado de la costa occidental de la Isla Grande, pero desconectado del resto de la población debido a la falta de un camino.

Es una muestra del aislamiento que, casi dos siglos después, todavía caracteriza a la provincia, y que mantiene a numerosos habitantes de las islas adyacentes y de la provincia de Palena en situación de total dependencia de las avionetas locales y barcazas. Actualmente, Cucao es la puerta de entrada del Parque Nacional de Chiloé; sigue siendo el único poblado de aquella parte de la isla, pero los turistas han descubierto su extensa playa de olas blanqueadas por la espuma y los senderos que cruzan el bosque milenario.



Ancud, entonces llamado San Carlos de Ancud, por la época de la visita de Darwin.

Los ingleses y sus guías pasan la noche en la pieza del sacerdote católico que, según la costumbre establecida hasta hoy, éste utiliza cuando su labor evangelizadora lo lleva hacia esos lugares. Después de encender el fuego y armar una cena ligera, duermen como benditos.

A la mañana siguiente, sin hacer caso de las demostraciones de poderío del gobernador y el comandante, que siguen desparramando órdenes, Darwin prefiere buscar de buenas maneras a los tímidos habitantes de Cucao. Les ofrece un terrón de azúcar, que se reparten modosamente entre ellos. Después de este gesto de buena voluntad, pueden conversar. Los indígenas le aseguran que estaban mejor cuando los gobernaba un rey.

En Punta Huantanamo, el camino de tierra húmeda surcado de madera empieza a desaparecer, invadido por la arena. Es el momento en que el campo chilote se convierte en una playa del océano Pacífico. El oleaje rompe con furia entre las rocas, que se amontonan por toda la playa.

Regresan a Ancud el 28 de enero. Justo esa noche se larga a llover. El viaje a Chiloé ha concluido oficialmente y el *Beagle* tiene órdenes de dirigirse a Valdivia.

«Todos estamos encantados de decirle adiós a Chiloé; ésta sería, sin embargo, una isla encantadora si las lluvias continuas no produjeran tanta tristeza. En la sencillez y humilde cortesía de sus habitantes hay algo muy atrayente, que nos compensa de las molestias pasadas», concluye Darwin.